

alma! Pero los disgustos cada vez más crueles, aquella quiebra del terruño demasiado dividido que sumía á los cultivadores en la desesperación y el despego del trabajo, debían de convencerles de que no hay salvación posible más que en la unión, en la inteligencia de todo el común y pudiendo crear un vasto dominio. Habló Lucas; probó que el buen éxito sería en adelante para las asociaciones, que había que trabajar en grandes campos, con máquinas poderosas para labrarlos, sembrar y recoger con abundantes abonos, fabricados químicamente en fábricas próximas, con riegos continuos, decuplando las cosechas. Si el esfuerzo del aldeano aislado concluía en el hambre, una riqueza prodigiosa se produciría en cuanto todos los vecinos de una aldea se asociasen para producir en grande, y tener las máquinas, los abonos y las aguas necesarias. Se llegaba á hacer el suelo y se conseguía en él una extraordinaria fecundidad limpiándolo de piedras, abonándolo, regándolo. Se llegaría hasta calentarle y ya no habría estaciones. Una hectárea bastaría para alimentar á dos ó tres familias. Ya cuando se trabajaba en un campo limitado se obtenían milagros, una continua producción de legumbres y de frutas. La población de Francia podía triplicarse, el suelo la alimentaría con holgura si era cultivado con lógica, con la armonía de todas las fuerzas creadoras. Y esto traería también la dicha; tres veces menos de trabajo penoso, el aldeano libertado al fin de las antiguas servidumbres, á salvo del prestamista, cuya usura le roe; sin temor de que le aplasten ni el gran propietario ni el Estado.

—Todo eso es muy bonito,—declaró Lenfant con aire reflexivo.

Pero Yvonnot se entusiasmaba más pronto.

—¡Ah caramba, si eso fuera cierto seríamos muy brutos, no probando á ver!...

—Ya véis lo que hemos conseguido nosotros en la Crécherie,—dijo entonces Lucas, que tenía de reserva este argumento del ejemplo. A penas hace tres años que empezamos, y los negocios van bien; todos nuestros obreros asociados comen carne, beben vino, ya no tienen deudas ni temen el porvenir.—Preguntadles y sobre todo visitad nuestra fundación, los talleres,

las habitaciones, la Casa-Comunal, todo lo que hemos construído y creado en tan poco tiempo... ese es el fruto de la unión; vosotros haréis prodigios en cuanto os unáis.

—Sí, sí, ya hemos visto, ya sabemos;—respondieron los aldeanos.

Y era verdad; habían visitado con curiosidad la Crécherie antes de hacer llamar á Lucas, calculando las riquezas ya adquiridas, y asombrados de aquella Ciudad feliz que nacía con tanta rapidez; y se preguntaban que provecho sacarían ellos si se asociaban así. La fuerza de la experiencia los penetraba, los conquistaba poco á poco.

—Pues bueno, ya que sabéis, la cosa es más sencilla,—replicó Lucas alegre.—Nosotros necesitamos pan nuestros obreros no pueden vivir si vosotros no hacéis que salga el trigo necesario. Vosotros necesitáis útiles, azadones, carretas, máquinas hechas con el acero que nosotros fabricamos. Y así, la solución del problema es muy fácil; no hay más que entenderse; nosotros os daremos acero, vosotros nos daréis trigo y estaremos todos de acuerdo y todos viviremos contentos. Pues somos vecinos y vuestras tierras lindan con nuestra fábrica, y nos necesitamos unos á otros absolutamente, es lo mejor vivir como hermanos, asociarnos para bien de cada cual, de modo que seamos una sola familia.

Esta honradez sencilla animó á Lenfant y á Yvonnot. Jamás la reconciliación, la necesaria inteligencia entre el aldeano y el obrero industrial se habría planteado tan claramente. Desde que la Crécherie funcionaba, se desarrollaba, Lucas venía soñando con englobar en su asociación todas las demás fábricas secundarias, todas las industrias diversas que vivían de ella, y alrededor de ella. Bastaba que hubiese allí un foco productor de una materia primera, el acero, para que pululasen las manufacturas. Se trataba de la fábrica Chodorge que fabricaba clavos, la Chausser que fabricaba guadañas, la Miranda que fabricaba máquinas agrícolas; y también de un antiguo tirador, Hordoir, cuyos martinets, movidos por un torrente, funcionaban todavía en la garganta de los Montes Bleuses. Todos éstos se verían obligados algún día, si que-

rían vivir, á venir á unirse con sus hermanos de la Crécherie, sin los cuales no podrían existir. También los obreros de construcciones, los de vestidos, los de la gran zapatería del Alcalde Gourier serían arrastrados, se entenderían, darían casas, vestidos, zapatos, si querían tener en cambio instrumentos y pan. La Ciudad futura no se realizara más que por este acuerdo universal, la comunión del trabajo.

—En fin, señor Lucas,—dijo Lenfant prudente,—son estos asuntos demasiado graves para decidirse de un golpe. Pero le prometemos pensar en ello, y hacerlo que podamos, para que haya en Combettes la buena inteligencia que hay entre ustedes.

—Eso es, señor Lucas,—apoy  Yvonnot.—Ya que conseguimos reconciliarnos Lenfant y yo, que no es poco, bien podemos emplearnos en procurar que los demás se reconcilien también. Y Feuillat, que es muy largo, nos ayudará.

Al marchar, volvieron   lo de las aguas, que Lucas se comprometí   llevar al Grand-Jean. Todo se arregl . Llevaban la idea de que les serviría mucho en su campaña para la unión el asunto del riego, que iba á obligar á todo el vecindario   no tener más que un interés y una voluntad.

Lucas, que los acompañaba, les hizo atravesar el jardín, donde les esperaban Arsenio y Olimpia, Eugenia y Nicolás, que habían tenido que traer consigo para enseñarles la Crécherie, de que tanto se hablaba en la comarca. Justamente acababan de salir los escolares de las cinco clases, por ser horas de recreo: lo que animaba el jardín con alegre turbulencia. Las faldas de las chiquillas volaban   la luz del sol, saltaban los muchachos como cabritos; todo era all  carcajadas, cánticos y gritos; el florecer de deliciosa infancia entre el césped y el follaje.

Vi  Lucas   S urette enfadada y ri endo en medio de un grupo de cabezas rubias y morenas. Estaba en primera fila Nanet, crecido, próximo á los diez años, con su cara redonda, valiente y alegre, bajo la lana enredada de su cabeza de corderillo, color de avena madura. Detrás de él, se agrupaban los cuatro Bonnaire, Luciano, Antonietta, Zoa, Severino y los de Bourron, Sebastián y M rta. Todos delincuentes, sin

duda, desde los más jóvenes, que tenían cinco años,   los más viejos que iban á cumplir diez. Parecía ser que Nanet era el jefe de la banda culpable, pues él respondía y discutía, como galop n de malas pulgas, empeñado en no dar nunca su brazo   torcer.

— Qu  pasa?—pregunt  Lucas.

—Cosas de Nanet, otra vez,—respondió S urette.—Ha ido otra vez al Abismo;   pesar de estar prohibido en absoluto; acabo de saber que ayer tarde ha llevado consigo   todos estos, y esta vez hasta ha saltado por encima de la pared.

En efecto, al extremo de los vastos terrenos de la Crécherie, una pared medianera los separaba de los del Abismo. Pero había una antigua puerta en el ángulo en que estaba el jardín de los de Delaveau. Sólo se cerraba con cerrojo, pero éste estaba siempre echado, y con fuerza, desde que había cesado toda relación.

Nanet protestaba.

—Por de pronto no es verdad que hayamos saltado todos por encima de la pared. He saltado yo solo, y después he abierto la puerta á los demás.

Lucas, descontento, se enfad  también.

—Ya sabes que más de diez veces se os ha prohibido pasar al otro lado de la pared. Acabar is por hacernos tener graves disgustos, y os repito,   t  y   todos, que todo esto está muy mal hecho.

Salt ndole los ojos, le o a Nanet, conmovido por haberle disgustado, como buen muchacho que era en el fondo, pero sin comprender nada. Si había pasado por encima de la pared, para hacer entrar á los demás era porque Nisa Delaveau aquella tarde tenía amigos en casa, Pablo Boisgelin y Luisa Mazelle y un montón de niños de señores, muy alegres, y por esto habían querido jugar todos juntos. Nisa Delaveau le parecía muy amable.

— Por qué hemos hecho tan mal?—repitió estupefacto;—no hemos hecho mal   nadie, y nos hemos divertido mucho unos con otros.

Y dijo que niños estaban all ; cont  sin mentir lo que habían hecho. Juegos lícitos, pues no habían roto las plantas ni arrojado   los arriates las piedras de los caminos.

—Es muy amiga nuestra, Nisa,—dijo concluyendo; —me quiere mucho, y yo á ella, desde que somos amigos.

Lucas no quiso sonreír. Pero en su corazón ablandado se levantaba una visión, estos niños de las dos clases fraternizando por encima de las cercas, jugando y riendo juntos, en medio de los odios y las luchas que separaban á los padres. ¿Era que la paz futura de la Ciudad iba á florecer con ellos?

—Es posible,—dijo,—que Nisa sea graciosa y que os entendáis bien; pero se ha convenido que ellos se queden en su casa y nosotros en la nuestra, para que nadie se queje.

Sœurette, vencida también por el encanto de aquella inocente niñez, le miró con ojos llenos de paz, tan llenos de perdón, que añadió con dulzura:

—Vamos, hijos míos, quedamos en que no volveréis á las andadas, porque nos disgustaríais.

Cuando Lenfant é Yvonnot se despidieron definitivamente, llevándose á Arsenio y Olimpia, á Eugenia y á Nicolás, que se habían mezclado con los juegos, y marchaban con pena, Lucas pensó en volver á casa, terminada su visita diaria, pero antes se acordó de que había prometido ver á Josina, y resolvió ir á su casa. Buena mañana había sido aquella; se volvía contento latiéndole el corazón de esperanza. Primero, aquel día, la Casa-Comunal, con sus tejas barnizadas y algunos azulejos que la adornaban, le habían parecido de una alegría próspera bajo el límpido sol. Los talleres olían á trabajo provechoso; los almacenes comenzaban á rebozar provisiones. Después venía su esperanza de ver á los aldeanos de Combettes asociarse, ensanchar el experimento, asegurar el triunfo, dando trigo á cambio de útiles y máquinas. Eran también como una promesa que bastaba para alegrarlo todo, las escuelas preparando el porvenir, el jardín en fiesta, lleno del revuelo de los niños, en los que florecía el mañana. Y ahora atravesaba su ciudad naciente, las casitas blancas que brotaban por todas partes, entre la verdura. El constructor que llevaba en sí, gozaba á cada nuevo edificio que se añadía á los otros, agrandando el lugar nacido la víspera; ¿no era aquella su misión? ¿cosas y seres animados, no iban á sur-

gir y agruparse á su voz? Sentía en sí fuerza bastante para mandar á las piedras, hacerlas levantarse, alinearse en albergues humanos, en edificios públicos donde alojaría á la fraternidad, á la verdad, á la justicia. Todo aquello no era más que sembrar todavía; estaban en los cimientos, en los tanteos del principio. Pero, en ciertos días de contento, tenía la visión del pueblo futuro y el corazón le cantaba en el pecho.

La casa ocupada por Ragú y Josina, una de las primeras que se habían construído, estaba cerca del parque de la Crécherie, entre la de Bonnaire y la de Bourron.

Atravesaba Lucas la calle cuando distinguió á lo lejos, en la acera, un grupo de comadres en gran conversación; reconoció pronto á la señora Bonnaire y á la señora Bourron, que parecía que daba noticias á la señora Fauchard, que había ido, como su marido, aquella mañana, para saber si la nueva fábrica era la Jauja de que hablaban. Con voz agria y gesto duro, la señora Bonnaire, la Pelos, como la llamaban, no debía de embellecer el cuadro, siempre malhumorada y descontenta, sin poder estar á gusto en ninguna parte, amargando su vida y la ajena. Al principio parecía alegrarla el que su marido hubiese encontrado trabajo en la Crécherie; pero después de haber soñado con una parte inmediata de grandes beneficios, ahora rabiaba ya, por si tenía que esperar mucho tiempo, y su gran agravio era que aún no llegaba á poder comprarse un reloj que deseaba hacía años.

Babette Bourron, por el contrario, siempre encautada, era inagotable en las alabanzas de las ventajas de su instalación, satisfecha sobre todo, porque su marido ya no volvía borracho con Ragú. Entre ambas, la señora Fauchard, más flaca, la sin fortuna y doliente que nunca estaba contenta, parecía perpleja, inclinándose á la Pelos; á creerlo perdido todo; tan convencida estaba de que para ella ya no había dicha posible en el mundo.

El ver á la Pelos y á la Fauchard, murmurando así, en son de queja, desagradó á Lucas; se le aguó el buen humor, pues no ignoraba el transtorno que las mujeres amenazaban traer á la futura organización de paz, de trabajo, y de justicia. Comprendía que eran

omnipotentes; por ellas y para ellas hubiera querido fundar su ciudad, y perdía valor cuando se encontraba con las malas, hostiles, ó siquiera indiferentes, que en vez de ser el auxilio esperado, podían convertirse en obstáculo, en elemento destructor, capaz de aniquilarlo todo. Saludó al paso, mientras las mujeres callaban con expresión de alarma, como cogidas en una mala acción.

Cuando entró Lucas en casa de Ragú, vió á Josina sentada, cosiendo, delante de una ventana. Pero la labor se le había caído sobre las rodillas, y ella soñaba, tan abstraída, que no le oyó siquiera, mirando algo lejano. La contempló un instante sin acercarse. Ya no era la niña infeliz, azotacalles, muerta de hambre, mal vestida, de pobre rostro, de miseria, de cabellera enmarañada. Tenía veintiun años y estaba adorable con su sencillo vestido de tela azul, fino: de talle esbelto y delicado, más no flaco, con sus hermosos cabellos, cenicientos, ligeros como seda, que eran cual floración delicada de su rostro delicioso, un poco largo; con sus ojos azules, rientes, boca pequeña, con frescura de rosa. Estaba en su cuadro propio, en aquel comedor tan limpio, tan alegre, con muebles de pino barnizado; la habitación que prefería en su casita, donde había entrado tan contenta, y que hacía tres años tanto se complacía en cuidar y embellecer. ¿Con qué soñaba Josina, así pálida y triste? Cuando Bonnaire había decidido á Ragú á seguirle, juntándose á los compañeros de la Crèche, se había creído ella libre de toda pena.

En adelante tendría una casa agradable, el pan asegurado y á Ragú corregido, en cuanto no hubiese los disgustos de la fábrica. Y la buena suerte no se había desmentido; había acabado por casarse con ella, ante el deseo formal de Sœurette, sin que Josina sintiese con tal matrimonio la alegría que hubiera tenido al principio de sus relaciones; ni había aceptado siquiera hasta después de consultar con Lucas, que seguía siendo su dios, el salvador, el dueño; y en el fondo de su corazón estaba oculta la alegría divina, la emoción que había sentido al pedir tal permiso, en el minuto de angustia que adivinó en Lucas antes de que él se resignara á consentir. ¿No era aquella la

solución mejor, la única posible? No podía casarse más que con Ragú, ya que éste quería. Lucas había tenido que parecer contento, en bien de ella, conservándole el mismo afecto después del matrimonio, mirándola sonriente siempre que la encontraba, como para preguntarle si era feliz. Y Josina sentía el pobre corazón desesperado, deshecho con no saciadas ansias de cariño.

Tembló levemente, saliendo del ensueño como advertida por un soplo, y se volvió y reconoció á Lucas, que sonreía afectuoso é inquieto.

—Hija mía vengo porque Ragú asegura que están ustedes muy mal en esta casa, que está expuesta á todas las corrientes de aire de la llanura, y que el viento ha roto otros tres vidrios en la ventana de su cuarto de ustedes.

Le oía ella sorprendida y confusa, sin saber cómo no decir lo contrario que su marido, sin mentir.

—Sí, señor Lucas; se han roto unos cristales, pero no estoy segura de que haya sido el viento. Verdad es que, cuando sopla de esa parte, nos toca á nosotros.

—Temblaba su voz, y no pudo contener dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas. Ragú había sido quien, en un arranque, había roto los cristales, queriendo tirarlo todo por la ventana.

—¿Llora usted, Josina? Vamos, hable, confíesese conmigo. Ya sabe que soy su amigo.

Se había sentado cerca de ella, muy conmovido, participando de su pena; pero ella ya había enjugado las lágrimas.

—No, no; no es nada. Dispénsese usted; es que me encuentra en un momento malo, cuando iba á perder la calma y atormentarme.

En vano luchó ella; tuvo que confesar: Ragú no se aclimataba en aquel medio de orden, de paz, de esfuerzo lento y continuo hacia una existencia mejor. Parecía tener una nostalgia de la miseria, del sufrimiento, de aquel salario de que había vivido, murmurando contra el patrono; pero acostumbrado al yugo de la esclavitud, consolándose en la taberna, con la embriaguez, en una rebeldía de palabras impotentes.

Echaba de menos los talleres negros y sucios, la guerra sorda con los jefes, las riñas estrepitosas con los compañeros, todos aquellos abominables días de odio, que acababan, en casa, pegando á la mujer y á los hijos.

Había empezado por burlarse y llegaba á las acusaciones, llamando á la Crecherie gran cuartel, prisión, en que no había ninguna libertad, ni la de beber un vaso de más, si á mano viene. Hasta lo presente, no se ganaba más que en el Abismo, y había una porción de cuidados, la inquietud de que aquello no marchase y no hubiera nada que cobrar, el día del reparto de los beneficios. Hacía dos meses corrían muy malos rumores, se decía que aquel año había que apretarse el vientre, por causa de la compra de máquinas nuevas. Sin contar con que los almacenes cooperativos funcionaban á menudo mal: á veces le mandaban á uno patatas, cuando se había pedido petróleo, ó le olvidaban á usted, y tenía que volver al despacho de distribución antes de verse servido. Y se burlaba, se enfadaba, llamando á la Crecherie sucia barraca, de donde pensaba escapar en cuanto pudiera.

Hubo un silencio penoso; Lucas estaba sombrío, pues había alguna verdad en el fondo de tales recriminaciones. Era el rechinar inevitable de la máquina nueva todavía, y sobre todo los rumores que corrían, las dificultades de aquel año, le afectaban tanto más, cuanto que temía verse, en efecto, obligado á pedir ciertos sacrificios á los obreros para no comprometer la prosperidad de la casa.

—¿Y Bourron grita con Ragú, no es eso?—preguntó,—¿pero ha oído usted quejarse jamás á Bonnaire?

Con la cabeza contestó Josina que no. En esto, por la ventana abierta se oyeron las voces de las tres mujeres que seguían en la acera. Debía de ser que la Pelos, olvidada de todo, chillaba con su afán continuo de alborotarse y morder. Si Bonnaire callaba, como hombre reflexivo, cuya razón consistía en las largas experiencias, su mujer bastaba para amotinar á todas las comadres de la naciente aldehuela. Y volvió á verla Lucas entristeciendo á la Fauchard, anunciando la ruina próxima de la Crecherie.

—Entonces, Josina,—añadió lentamente,—¿no es usted feliz?

Quiso ella protestar de nuevo.

—¡Oh! señor Lucas, ¿cómo no he de serlo cuando tanto ha hecho usted por mí?

Pero las fuerzas la hicieron traición; otras dos lágrimas asomaron á sus ojos, resbalando por las mejillas.

—Ya lo ve usted, Josina; no es usted feliz.

—No lo soy, es verdad; pero ni usted puede hacer nada, ni tiene la culpa. Ha sido para mí como un Dios. Qué hemos de hacer. Si nada puede cambiar el corazón de ese desdichado... Vuelve á ser malo, ya no aguanta á Nanet; anoche por poco lo rompe todo; y me pegó porque decía que el niño le contestaba de mala manera... Déjeme usted, señor Lucas. Estas son cosas mías, y le prometo atormentarme lo menos que pueda.

Los sollozos entrecortaron sus palabras temblorosas que apenas se entendían; Lucas, impotente, sentía crecer en él la tristeza. Toda la mañana alegre, se obscurecía; sentía el hielo de un soplo de duda, perdía la esperanza que era su fuerza y su alegría, él, tan valiente. Cuando las cosas obedecían, cuando el buen éxito material parecía asegurarse, ¿no podría cambiar á los hombres, desenvolver en los corazones el divino amor, la flor fecunda de bondad, de solidaridad? Si los hombres permanecían en el odio, en la violencia, su obra no se cumpliría; y ¿cómo despertarlos á la ternura, cómo enseñarles la felicidad? Aquella querida Josina, que había ido á buscar tan abajo, que había salvado de tan atroz miseria, era para él la imagen de su empresa. Esta no se cumpliría mientras Josina no fuese feliz. Era la mujer, la mujer miserable, la esclava, la carne de trabajo y de placer, cuyo salvador había soñado ser él. Por ella y para ella, sobre todo, entre todas las mujeres, se levantaría la ciudad futura. Y si Josina seguía siendo desgraciada, era que todavía nada sólido se había fundado, que todo había que hacerlo todavía. Previó en su enojo días de dolor, tuvo la neta sensación de que una terrible lucha iba á empeñarse entre el pasado y el

porvenir, y de que él mismo dejaría en ella sus lágrimas y su sangre.

—No llore usted, Josina, valor; yo le juro que será usted feliz, porque es preciso para que todo el mundo lo sea.

Había dicho esto tan cariñosamente, que pudo hacerla sonreír.

—Valiente lo soy, señor Lucas; bien sé que no me abandonará usted y que acabará usted por vencer, porque usted es la bondad y el valor. Esperaré, se lo juro, aunque tenga que esperar toda la vida.

Era como un compromiso, un cambio de promesas en la esperanza de la dicha futura. Lucas se puso en pie, le cogió las manos apretándoselas, y sintió que ella también oprimía las suyas; no hubo entre ellos más caricia que esta, esta caricia de algunos segundos. ¡Qué sencilla existencia de paz y de alegría se hubiera podido vivir en aquel reducido comedor, con muebles de pino barnizados, tan risueño y limpio!

—Hasta la vista, Josina.

—Hasta la vista, señor Lucas.

Se volvió él á casa, siguió por el terraplén por cuyo fondo pasaba el camino de Combettes, cuando otro encuentro, el último, le detuvo un instante. Acababa de distinguir al señor Jerónimo en su cochecillo que empujaba un criado, que iba á lo largo de los terrenos de la Crecherie. Esta aparición le recordó otras repetidas de este anciano enfermo, en este coche, sobre todo la primera, cuando le había visto pasar por delante del Abismo, mirando, con sus ojos claros, los edificios ahumados y resonantes de la fábrica en que él había fundado la fortuna de los Qurignon. Pasaba ahora por delante de la Crecherie, miraba sus edificios nuevos y que alegraba el sol, con los mismos ojos claros que parecían vacíos. ¿Por qué se había hecho llevar hasta allí dando una vuelta entera, como para un examen completo? ¿Qué pensaba, qué juzgaba, qué comparación quería establecer? Acaso era una casualidad aquel paseo, el capricho de un pobre viejo que volvía á la infancia. Y mientras el criado caminaba más despacio, el señor Jerónimo levantaba su ancho rostro, de grandes facciones regu-

lares, rodeado de grandes cabellos blancos, con aire grave é impenetrable, examinándolo todo, no dejando pasar ni una fachada, ni una chimenea, sin su vistazo, como queriendo darse cuenta de este pueblo nuevo que brotaba así junto á la casa que él mismo había creado en otro tiempo.

Hubo un incidente que impresionó á Lucas. Otro viejo, también enfermo y que arrastraba las piernas hinchadas, venía por la carretera al encuentro del cochecillo. Era el tío Lunot, grueso, de carnes fofas y pálidas que seguía con los Bonnaire y que los días de sol daba cortos paseos por delante de la fábrica. Al principio, debilitada la vista, no debió de reconocer al señor Jerónimo. Luego, sobresaltado, se apartó, se arrimó á la pared, como si el camino no fuera bastante ancho para dos; y alzando su sombrero de paja se inclinó saludando profundamente. Era el homenaje que prestaba al antiguo Qurignon, al patrono fundador, el primero de los Ragú, asalariado y padre de asalariados. Tras él, años y siglos de trabajo, de sufrimiento, de miseria, se inclinaban en este saludo tembloroso. Al pasar el amo, aún herido por el rayo, el viejo esclavo que tenía en la sangre la cobardía de las servidumbres seculares se turbaba y se inclinaba. El señor Jerónimo no le vió siquiera. Pasó con su aspecto de ídolo pasmado, continuando el examen de los talleres nuevos de la Crecherie, tal vez sin verlos.

Lucas se había estremecido. ¡Había que destruir aquel pasado! ¡Había que arrancar del hombre viejo aquella cizaña molesta y venenosa! Miró á su pueblo que apenas salía de la tierra, comprendió con qué trabajo, en medio de qué obstáculos crecería y prosperaría. Sólo el amor y la mujer y el niño acabarían por vencer.

II

En los cuatro años que la Crecherie llevaba de vida, un odio sordo subía de Beauclair contra Lucas. Primero había sido un asombro hostil, bromas maliciosas; pero en cuanto se había lastimado los intereses había aparecido la cólera, la necesidad de defenderse con furia, con toda clase de armas, luchando contra el enemigo público.

La primera alarma, sobre todo, se produjo en los comerciantes al por menor. Los almacenes cooperativos de la Crecherie, objeto de burlas cuando se abrieron, prosperaban. Poco á poco adquirían parroquianos, no sólo entre los obreros de la fábrica, sino entre los vecinos que se asociaban. No hay que decir si los antiguos proveedores se asustaban ante esta terrible competencia con aquellas nuevas tarifas que bajaban el precio de los artículos en una tercera parte. Era la lucha imposible, la ruina á corto plazo, si aquel Lucas de maldición llegaba á vencer con su desastrosa idea de querer que la riqueza estuyese mejor repartida y que, para comenzar, los humildes de este

mundo pudiesen vivir mejor. Los carniceros, los especieros, los panaderos, los taberneros, iban á verse obligados á cerrar las tiendas ya que se podía pasar muy bien sin su mediación, evitando dejarles entre las manos un dinero inútil. Abominación, gritaban, la sociedad crujía y se desmoronaría el día en que ellos no pudieran agravar con sus ganancias de parásitos la miseria de los pobres.

Los Laboque, quincalleros, antiguos buhoneros de feria que habían llegado á tener una especie de gran bazar en la esquina de la calle de Brias y de la plaza de la Alcaldía, fueron los más impresionados. El precio de los hierros de comercio había bajado mucho en la región desde que la Crecherie los fabricaba en considerables cantidades; y era lo peor que dado el movimiento de asociación que se apoderaba de las pequeñas fábricas vecinas, parecía que llegaba el momento en que los consumidores, sin recurrir á los Laboque iban á procurarse directamente en los almacenes cooperativos los clavos de los Chodorge, las guadañas y podaderas de los Hausser, las máquinas y útiles de labranza de los Miranda. Ya, sin contar los hierros, los almacenes de la Crecherie suministraban varios de estos artículos, y el número de negocios del bazar bajaba cada día. De modo que los Laboque vivían en perpetua cólera, exasperados con lo que llamaban el envilecimiento de los precios, considerándose como robados desde el punto en que se impedía á su rueda inútil tragarse energía y riqueza sin provecho más que para ellos. Se habían hecho naturalmente centro activo de hostilidad y de oposición, el foco donde se encendían poco á poco todos los odios suscitados por las reformas de Lucas, cuyo nombre sólo se pronunciaba con execración. Allí concurrían el carnicero Dacheux, balbuciente de rabia reaccionaria, y el especiero tabernero Caffiaux, más frío, envenenado por el rencor, pero atento á su interés. Hasta la hermosa señora Mitaine, la panadera, venía á veces quejándose de que perdía parroquianos, pero inclinándose á un arreglo.

—Es que usted no sabe,—gritaba Laboque,—que ese señor Lucas, como le llaman, no tiene en el fondo

más que una idea, la de destruir el comercio. Sí, y se vanagloria, y á gritos dice esta monstruosidad; que el comercio es un robo, y nosotros unos ladrones que debemos desaparecer. Ha fundado la Crecherie para barrernos.

Dacheux, con la sangre subida al rostro, oía con ojos pasmados.

—Y entonces, ¿cómo vamos á hacer para comer, vestir y lo demás?

—Diantre, ¿dice que el consumidor se dirigirá inmediatamente al productor?

—¿Y el dinero?—preguntó el carnicero.

—El dinero, ¡pues lo suprime también; no habrá dinero! Eh ¿qué tal? ¿Habrá necesidad? ¡Como si se pudiese vivir sin dinero!

Dacheux se ahogaba de furor.

—¡No más comercio! ¡no más dinero! todo lo destruye; y no hay una cárcel para un bandido semejante, que arruinará á Beauclair si no se le va á la mano.

Caffiaux movía gravemente la cabeza.

—Y ha dicho cosas peores... Primero, que todo el mundo debía trabajar; un verdadero presidio donde habrá guardias con palos para que cada cual cumpla con su deber. Dice que no deben existir ni ricos ni pobres; no se será más rico al nacer que al morir; se comerá lo que se gane, lo mismo que el vecino, por supuesto, sin que haya derecho de hacer economías.

—Bueno. ¿Y la herencia?—interrumpió de nuevo Dacheux.

—No habrá herencia.

—¡Cómo! ¿Nada de herencia; no dejaré á mi hija mi dinero? ¡Rayos y truenos! Eso es demasiado.

Y el carnicero hizo temblar la mesa de un violento puñetazo.

—Y dijo también,—continuaba Caffiaux,—que no habrá autoridad de ninguna suerte, ni gobierno, ni gendarmes, ni jueces, ni cárceles. Cada cual vivirá como quiera, comerá y dormirá á su gusto. Dice también que las máquinas acabarán por hacer todo el trabajo y que los obreros sólo tendrán el cuidado bien fácil de guiarlas. Será el paraíso porque no se luchará, no habrá ejércitos ni guerras... Y en fin, dice que

los hombres y las mujeres, cuando se quieran, se juntarán por el tiempo que les plazca, después se dejarán, quedando tan amigos, para juntarse, si quieren, con otros. Y si hay hijos, la comunidad los tomará á su cargo, los educará en montón, á la buena de Dios, sin que necesiten madre ni padre.

Muda hasta allí la señora Mitaine, exclamó:

—¡Oh! pobres criaturas... Cada madre tendrá el derecho, supongo, de criar á los suyos. Eso es bueno para los niños abandonados por algún mal corazón; esos, es claro, tienen que criarlos manos extrañas, mezclados, como en los asilos de huérfanos... Todo eso que usted nos ha contado me parece á mí poco decente.

—¡Diga usted que es una pura porquería!—clamó Dacheux fuera de sí.—Eso es lo que sucede en medio del arroyo: se coge á una pérdida y se toma y se deja cuando se quiere. Magnífico, su sociedad futura es una verdadera casa de mal vivir.

Y Laboque, que no perdía de vista sus intereses amenazados, concluía:

—Está loco ese señor Lucas. No podemos dejarle arruinar y deshonorar así á Beauclair. Va á haber que entenderse para hacer algo.

Pero creció la cólera todavía, y se desencadenó por todas partes, cuando Beauclair supo que la infección de la Crecherie invadía la vecina aldea de Combettes. Estupor, reprobación. Ya se veía, el señor Lucas corrompía, envenenaba á los aldeanos! Lenfant, el alcalde de Combettes, ayudado por el *adjunto*, Yvonnot, después de haber reunido y reconciliado á los cuatrocientos habitantes del concejo, acababa de decidirlos á juntar sus tierras por un acto de asociación, copiado del que regía el capital, el talento y el trabajo en la fábrica nueva. Ya no habría más que un vasto dominio, que permitiría el uso de las máquinas, de los grandes abonos, de los cultivos intensivos, decuplicando las cosechas, dando la esperanza de un gran reparto de beneficios. Y ambas asociaciones iban á consolidarse asociándose; los aldeanos suministraban el pan á los obreros que les darían los útiles, los objetos manufacturados necesarios para su existencia;



de suerte que se acercarian así dos clases enemigas, fusión poco á poco íntima, embrión de un pueblo fraternal. Se acababa el mundo antiguo si el socialismo conquistaba á los aldeanos, los innumerables trabajadores del campo, considerados hasta entonces como murallas de la propiedad egoísta, matándose con el ingrato sudor sobre sus terrones antes que enagenarlos. Fué un temblor, un escalofrío de todo Beauclair, y anunciaba la próxima catástrofe.

Y otra vez los Laboque se vieron perjudicados en primer lugar. Perdían la parroquia de Combettes; no vieron más ni á Lenfant ni á los demás venir á comprar azadones, carretas, útiles y utensilios. En la última visita que les hizo Lenfant regateó, no compró nada, les declaró claramente que ganaría un treinta por ciento no volviendo por allí, ya que estaban obligados á sacar tanta ganancia en los objetos que ellos mismos se procuraban de las fábricas vecinas. En adelante todos los de Combettes se dirigirían sin mediación á la Crocherie, adhiriéndose á los almacenes cooperativos cuya importancia seguía creciendo. Y desde entonces fué aquello el terror para todos los comerciantes al por menor de Beauclair.

—Hay que hacer algo, hay que hacer algo,—repetía Laboque con creciente vehemencia, cuando Dacheux y Caffiaux venían á verle.—Si esperamos á que ese loco envenene á todo el país con sus doctrinas monstruosas, llegaremos demasiado tarde.

—¿Qué hacer?—preguntaba prudentemente Caffiaux.

Dacheux estaba por las francas matanzas.

—Se le podía esperar en una esquina una noche, y largarle uno de esos voleos que dan que pensar á un hombre.

Pero Laboque, pequeño y astuto, imaginaba medios más seguros para matar al tal sujeto.

—No, no; todo el pueblo se subleva contra él, y hay que aprovechar una ocasión en que tengamos á todos con nosotros.

Y la ocasión, en efecto, se presentó. El Beauclair viejo le atravesaba un arroyo infecto, una especie de cloaca descubierta que se llamaba el Clouque.

No se sabía siquiera de dónde venía, parecía salir de unos antiguos escombros de miserables viviendas, á la salida de las gargantas de Brías; y la idea general era que se trataba de uno de esos torrentes de montaña cuyas fuentes permanecen ocultas. Los más ancianos se acordaban de haberle visto correr con grandes llenas en ciertas épocas. Pero hacía muchos años no llevaba más que agua escasa, cuya frescura corrompían las industrias cercanas. En las casas de la orilla, las mujeres habían llegado á convertirle en fregadero y en él arrojaban el agua sucia y toda inmundicia, de modo que arrastraba todos los detritos del barrio pobre y despedía por el verano un hedor espantoso. Hubo un momento, cuando se esparcieron serios temores de epidemia, en que el Ayuntamiento por iniciativa del Alcalde había discutido si convenía tapar el riachuelo haciéndole pasar bajo tierra. Pero el gasto pareció muy grande y no se habló más de ello; el Clouque continuó tranquilamente apestando y contaminando al vecindario. Y he aquí que, de repente, el Clouque se agota por completo, se seca y ya no es más que un camino duro, peñascoso, sin una gota de agua. Beauclair, como por una vara mágica, quedaba libre de aquel foco infeccioso á que se atribuían todas las fiebres malignas del país; y sólo quedaba la curiosidad de saber por donde había podido marchar la corriente.

Primero, sólo fué un vago rumor. Después los hechos se precisaron y se tuvo por cierto que era que el señor Lucas había empezado á desviar la corriente el día en que había recogido las fuentes en la falda de los Montes Bleuses para el servicio de la Crecherie, era toda aquella agua clara, corriente que le llevaba la salud, la prosperidad. Pero cuando había acabado por llevarse todo el caudal, había sido cuando se le había ocurrido dar lo que sobraba de sus depósitos á los aldeanos de Combettes, causando así su fortuna y determinando su feliz asociación, gracias al agua bienhechora que los había reunido corriendo para todos. Pronto abundaron las pruebas; el agua que había desaparecido del Clouque, corría por el Grand-Jean, decuplada, utilizada por la inteligencia, convertida

en riqueza en lugar de ser suciedad y muerte. Volvió la ira, volvió la cólera, mayores cada vez contra aquel Lucas que con tal frescura disponía de lo que no era suyo. ¿Por qué había robado la corriente? ¿Por qué se la guardaba para darla á sus hechuras? No se cogía así el agua de un pueblo, un arroyo que siempre había corrido por allí, que estaba uno acostumbrado á ver, y que al fin y al cabo prestaba grandes servicios. El sutil hilo de agua sucia que arrastraba detritos inmundos y apestaba el aire y mataba la gente se había olvidado. Ya no se hablaba de enterrarlo, cada cual decía el gran beneficio que sacaba de él para el riego, para lavar la ropa y para las necesidades diarias de la vida. Tamaño robo no se podía tolerar, era necesario que la Crecherie devolviese el Clouque, la infecta letrina que envenenaba el pueblo.

Laboque fué, naturalmente, quien gritó más fuerte. Hizo una visita oficial á Gourier, el alcalde, para saber qué resolución pensaba proponer al Ayuntamiento en circunstancias tan graves. El, Laboque, se consideraba particularmente perjudicado, porque el Clouque pasaba por detrás de su casa, por el extremo de su jardín, y afirmaba que sacaba de él gran provecho. Claro que si se hubiera puesto á recoger firmas protestando hubiera reunido las de todos los vecinos de su barrio. Pero su idea era que el pueblo debía de hacer suyo el asunto, intentar un pleito contra la Crecherie pidiendo la restitución del agua y los daños y perjuicios. Gourier escuchó y se contentó con aprobar moviendo la cabeza, á pesar del odio medroso que personalmente le inspiraba Lucas. Luego pidió algunos días para pensarlo, queriendo examinar el caso y consultar á los que le rodeaban. Comprendía que Laboque quería meter al pueblo en la danza para no dar la cara él. El Sub-Prefecto Chatelard, con el cual se encerró durante dos horas, le convenció aterrado siempre ante las complicaciones, de lo prudente que era en cualquier caso dejar á los demás meterse en pleitos. Gourier llamó al quincallero sólo para explicarle muy por largo que un litigio en que fuera el pueblo parte iría muy despacio, no llegaría á nada

serio, mientras que si la cosa la intentaba un particular, las consecuencias serían mucho peores para la Crecherie, sobre todo si después de condenada ésta, otros particulares volvían á empezar, indefinidamente. Algunos días después, Laboque pedía judicialmente veinticinco mil francos de daños y perjuicios.

Y como si se tratara de una fiesta, hubo en su casa una reunión con el pretexto de una merienda ofrecida por su hija y su hijo, Eulalia y Augusto, á sus camaradas Honorina Caffiaux, Evaristo Mitaine y Juliana Dacheux. Toda este gente menuda crecía, Augusto tenía diez y seis años, y Eulalia nueve; los catorce de Evaristo le habían dado seriedad, y los diez y nueve de Honorina, ya casadera, la hacían tratar maternalmente á Juliana, la más niña, de ocho años. Todos ellos se fueron al jardín, pequeño, y jugaron y rieron como locos, con la conciencia clara y alegre, ignorando los odios y la cólera de sus padres.

—Por fin está cogido,—gritó Laboque.—El señor Gourier me ha dicho que si llegamos hasta el fin arruinaremos la fábrica. Supongamos que el tribunal no me concede más que diez mil francos; pero vosotros sois ciento, todos podéis hacer lo mismo que yo, y el tal Lucas tiene que aflojar el millonaje. Y no es eso todo. Tendrá que devolver el agua y destruir los trabajos hechos y esto le privará de toda esta frescura de que está tan ufano... El gran negocio, amigos míos.

Todos con voces de triunfo se excitaban ante la idea de arruinar á la fábrica, sobre todo de humillar á Lucas como el insensato que quería destruir el comercio, la herencia, el dinero, los fundamentos más venerables de las sociedades humanas. Sólo Caffiaux reflexionaba.

—Yo hubiera preferido,—dijo al fin,—que el pueblo hiciera suyo el pleito. Cuando hay que batirse, estos burgueses siempre echan á los demás por delante. ¿Dónde están esos ciento que se atreven á demandar á la Crecherie?

Dacheux, furioso, gritó:

—¡Ah! ¡Yo me hubiera atrevido, yo, de buena ga-